

# SEMANARIO CATÓLICO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Non coronabitur nisi qui legitime certaverit.  
(Paul, ep II ad Timoth.)

No será coronado el que no pelearé como bueno.  
(San Pablo, carta II á Timoteo.)

## EL LUJO.

### IV.

Deciamos, que si vituperable es en todo linaje de gente el desorden y demasía, y el dar larga rienda al vano y no necesario deseo, mucho más vicioso y vituperable lo es en la mujer, que siendo de su natural modesta y templada, parece nacida para sujecion y humildad. Y con ser esto así, no sabemos en que manera acontece, que si se des-templa la mujer y da en ponerse galas, pasa el negocio á tan increíble desatino y locura, que parece no ha de tener tasa ni fin, su apetito. Porque si tener juicio es dar á cada cosa en la vida el lugar que le corresponde, y dirigir todas las acciones á un fin determinado y digno, ciertamente que es una locura, y verdadera locura, la de ese lujo insensato que consiste en un continuo cambio de forma, de género y de dibujo en las telas.

Pero nadie viola impunemente la ordenacion divina. Porque ¡hasta aquí llega la clemencia de Dios y la dulce manera de su providencia y gobierno!: que no se desdeña de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho atañen, sino que descien- de á tratar del vestido de la mujer, y

cómo ha de aderezar y asear su persona; como puede verse en muchos lugares de los divinos libros que tratan de esta razon, en particular en el capítulo XXXI del libro de los *Proverbios*, en donde dice Dios á la mujer, por boca de Salomon, rey y profeta suyo, que no se ha de cortar el traje á medida del antojo ó del uso viturapeble y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y el buen concierto de la razon. Y como *por donde cada uno pecare, por allí será castigado*, de aqui, que si el vestido que Dios impuso como pena de la culpa y recuerdo perenne de ella, la tornamos en objeto de vanidad y soberbio engreimiento, tomando lo que no es necesario, sin duda que ha de volverse en pesadumbre y carga. Por lo cual dijo San Ambrosio: «*La cintura y zapato apretado, y las galas, cadenas de oro, y otros escusados ornatos sirven de pena á las mujeres como si fueran delincuentes, porque para lo penoso de la carga pesada, no hay diferencia ninguna en que sea de oro, ó de hierro; y si el impedimento en el andar es el mismo. Nada releva el mayor valor y precio del oro; antes sirve de mayor congoja por el temor en que viven las mujeres de no perderlo, ó de que les quiten su pena. Segun esto,*



*poco importa que la pena sea dada por propia sentencia, como en esto la dan las mujeres contra si mismas, ó por sentencia de otros. Ellas son de peor, y más miserable condicion que los reos; pues estos desean ser aliviados de sus prisiones, y ellas por el contrario estar siempre sujetas y ligadas à las suyas.» (1)*

Hasta aquí la parte material del asunto. Estudiémoslo ahora en el terreno de sus funestas consecuencias.

¿Cuáles son las ocupaciones que absorben la vida, la inteligencia, y todas las facultades físicas, morales é intelectuales de esas señoras que se llaman del gran mundo? y ¿cuál la distribución que dan á las horas del día, especialmente en las grandes poblaciones? Levantarse lo más tarde posible; hacer algunas visitas; pasear un rato; dar una vuelta por las tiendas ó almacenes de moda; discutir allí las horas muertas sobre el dibujo de un volante de encaje, ó sobre el adorno de un vestido; volver á casa; mudarse para comer, volverse á vestir otra vez para el teatro, la reunion ó el baile; perder allí tres ó cuatro horas en poner de manifiesto los trages, criticar los de las demás, y finalmente recogerse allá cuando apunta la salida del sol. Y de regreso á casa, ¿cuál es la ocupacion que precede al sueño de la mujer del mundo, qué lo interrumpe y qué lo turba? La revista de las compañeras de teatro, ó de baile; y si encuentra que el vestido de alguna era mejor que el suyo, ó más gracioso en adornos, ó más brillante su aderezo, ya no está contenta, y tiene envidia; y en su consecuencia ¡cuántos cálculos, cuán-

(1) Lib. I De virginibus, ad Marcellinam sororem.

tas precauciones para no ser eclipsada en otra ocasion, y parecer la más hermosa ó la más elegante!

Y así se desliza la vida en una extraña y peligrosa ilusion; y los dias se suceden unos á otros. y tras ellos los años. No faltan, en verdad, algunos ratos, y tambien dias de tristeza y aburrimiento en esta vida mundana..... pero se proyecta una nueva diversion, y la perspectiva de este goce hace olvidar el pesar de la hora anterior. De este modo pasan las mujeres del mundo los mejores años de su vida, ó mejor dicho, los van perdiendo. ¡Obras inútiles, pensamientos frívolos, méritos nulos! He aquí todo. Ahora bien, ¿adivinaría quien estuviera ignorante de ello, que tales personas tienen un Dios á quien servir, un alma que salvar, una familia que cuidar, prójimo á quien edificar, y pobres á quienes socorrer?

Y, cosa bien extraña: de la misma manera que nosotros lo vemos y lo conocemos, lo ven y conocen muchas señoras, que deploran ese afan de lucir y esa importancia dada á las cosas de moda, empequeñeciendo así su existencia. A nadie que piense y sienta se le puede ocultar lo triste, lo terrible de la situacion; en vano es tender sobre ella un velo de seda, oro y pedrería; al traves se vislumbra el negro horizonte del porvenir.

Todas convienen, pues, en la inminencia del peligro; pero ¿qué remedio poner á tamaños males? ¿qué dique oponer á ese desbordamiento del lujo y de la prodigalidad? El inmortal Pio IX lo indica en pocas y claras palabras, en el Breve citado en nuestro primer artículo: «*Desechando las mujeres cristia-*



nas todo aquello que exceda del cuidado de un honesto y permitido atavio.» De manera que si los motivos individuales que mueven á la mujer en la composura y adorno de su persona, son, complacer al marido, sostener la debida posicion en la sociedad, ó no romper con las leyes de cierta elegancia, justos y legítimos son. Pero ir más allá, buscando en el vestir una ocasion de lucir y hacerse notar, un pretexto quizás para humillar á otras mujeres, sobrepujándolas para reinar solas y llegar á eclipsarlas, eso sí que seria vituperable é indigno.

Porque *persuádanse todas las mujeres íntimamente que para conciliarse la estimacion y el cariño de sus esposos, ninguna necesidad tienen de tocados tan costosos, ni de galas tan espléndidas, antes bien les conviene cultivar su entendimiento, cultivar su corazon, y cultivar la virtud, porque toda gloria procede del inteior.*» (1)

Quizás alguna nos contestaría á este propósito: «No hago gran falta á mi marido; él vá por su lado y yo por el mio. Si yo me divierto con mis paseos, mis trajes y mis amigas, él tiene sus amigos y su casino.» Pues aquí está el mal precisamente; y lo esencial sería saber si son las mujeres las culpables de esa especie de divorcio. ¡En cuántos casos no será el lujo la causa de desunion de los esposos! Y bien se puede asegurar, ¡cuántos maridos preferirian otro género de vida y el poder gozar de una dulce intimidad al lado de sus mujeres y rodeados de sus hijos!

Bien saben las mujeres que decimos verdad, y verdad que se puede probar con ejemplo de muchas que con su

buen aviso y discrecion han enmendado mil siniestros de sus maridos y ganádoles el alma y enmendádoles la condicion. Pues tienen las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad, que pueden tratar con ellos cada dia y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razon no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. La mujer por sí puede mucho, y es caso bien extraño, no poder asegurar que las mujeres buenas sean poderosas para concertar sus maridos, siendo las no buenas valientes para inducirlos á cosas bien desatinadas. ¡Plugiera á Dios, que nos equivocáramos!

Más si con el marido no pueden, empleen el tiempo con los hijos. Porque ¡cuántas mujeres del mundo habrá que pasarán ¡ay! los dias sin estar media hora con sus hijos! Nos contestarán, quizás que no tienen más tiempo. Y ¿quién tiene más derecho á ese tiempo que esas inocentes criaturas? ¿Admiten acaso comparacion las nobles y reales emociones que se recogen en el amor de la familia, en los goces que esta proporciona, y en la conciencia del cumplimiento de su deber, con las que pueden causar esa niñeria de estrenar un traje de novedad, y ni siquiera los elogios que suelen tributarse á la hermosura? Y, hablando con ingenuidad aqui internos, no será más digno y más justo dejar de ir al paseo ó al teatro por falta de tiempo, que alegar esta razon para renunciar al cariño de los hijos y á su cuidado?

Porque tienen en esto muchas mujeres un gran engaño, que piensan que el

(1) Breve del inmortal Pio IX citado.



casarse no es más que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de obediencia y sujecion para venir á libertad y regalo; y piensan que si Dios les concede hijos, con arrojarlos luégo de sí en los brazos de una ama, ó ponerlos al cuidado de una institutriz ó en algun colegio, son cabales y perfectas mujeres. Cuando el camino del santo matrimonio (como dice allá el bueno de fray Luis de Leon), aunque parece real, más abierto y ménos trabajoso que otros, no carece por cierto de dificultades y malos pasos, pues es camino adonde se tropieza tambien y se peligra y se yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás; porque el servir al esposo y el gobernar la familia y la crianza de los hijos, amen de la guarda y limpieza de la conciencia, obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado, y que todas juntas, sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir.

Pero no se contenta la mujer con emplear mal el tiempo de la manera dicha, sino que lo mismo hace, cuando lo tiene, con un patrimonio que realmente no le pertenece. Porque no es tan sólo la limosna un consejo Evangélico, sino muchas veces un precepto. De seguro que si antes de entrar en la tienda de un joyero ó en casa de la modista, se entra en casa del pobre; y si se pensara además que con sólo renunciar algunos palmos de tela ó de encaje, ó en conformarse con tener un vestido ménos en cada estacion, bastaria este ahorro ó pequeño sacrificio para sostener y dar de comer á una familia pobre, sin duda que todas las mujeres se volverían compasivas y caritativas . . . No es buen corazon lo que falta á la mujer, es re-

flexion. Se sabe, sí, que hay pobres, pero se olvida muchas veces, porque el amor al lujo y el grito de la vanidad sofocan la voz de esos miembros de Jesucristo que padecen é imploran nuestro socorro.

Cuando, por el contrario, el ejercicio de la *caridad* es una inmensa fortuna para la mujer, pues es ¡nada ménos! que su tabla de salvacion. Porque el amor, que es su fuerza y su destino, convirtiéndose en *caridad*, encauza, digámoslo así, las aguas impetuosas de su corazon, que, desbordándose por tantas impresiones y tempestades como combaten á las imaginaciones ardientes, no habrá campiña por donde no llevasen el naufragio y la muerte, aún de ella misma, las pasiones de la mujer. Su caridad, pues, como canal que recoge las aguas más puras para satisfacer la sed de todos los desgraciados, modera la fuerza de la corriente de sus enérgicos afectos y les hace marchar por esas vías pacíficas desde donde se desprenden para la sociedad rocíos y vapores benéficos que la inundan de consuelos y dichas; bálsamo que, si fuesen por mayor número de manos difundidos, llegarían á ser bastante poderosos para suavizar y aún cerrar esa llaga abierta en la moderna sociedad, y que reclama con urgencia fijen en ella la atencion las clases acomodadas.

Vamos á concluir. Busque, pues, principalmente la mujer cristiana la hermosura de la virtud, y las galas del corazon. Éstas sí que son modas que no pasan, lujo que no arruina familias, flores que no se amustian ni se secan si hay fuerza de voluntad para conservarlas. En vez de ser la «percha donde el



lujo cuelga sus fugitivas invenciones (como dice un festivo pero profundo escritor,) el aparador donde el comerciante muestra sus telas, búcaros donde las floristas muestran al público los frios artificios de sus flores de limon, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetan, de sus ramos de seda y alambre, y vasos de frágil barro donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las más delicadas combinaciones de sus exquisitas esencias;» (1) «Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad, en las orejas como arracadas las palabras de Dios, añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo, vestid seda de bondad, holanda de santidad, y púrpura de castidad y pureza;» (2) porque, como dice Pio IX, «*La mujer santa y casta es la gracia añadida á la gracia, y solamente la mujer temerosa de Dios recogerá las alabanzas.*» (3)

(1) J. Selgas, Nuevas páginas.

(2) Tertuliano, Lib. de cultu foeminarum.

(3) Breve citado.

## SECCION PIADOSA.

### DOMINGO IV DESPUES DE PASCUA.

El evangelista San Juan, cuyo es el Evangelio de esta Dominica, despues de referir las profecías del Señor, acerca de las persecuciones de que serian objeto y víctimas los discípulos de Jesucristo, continúa las palabras con que Este procura y consigue consolarlos, no de las persecuciones, sinó de la cercana separacion del Salvador, cuya hora de subirse á los cielos se aproximaba por momentos: «Yo me voy á Aquel que me ha enviado, les decia, y ninguno me pregunta: ¿Adonde vas? Mas porque os he hablado de

este modo, se ha llenado de trísteza vuestro corazon. Por tanto os digo la verdad, os conviene que Yo me vaya, porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros; mas si me voy os le enviaré. Y cuando hubiese venido argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no han creido en Mí; de justicia, porque me voy á mi Padre y no me vereis más, *humillado y abatido*, y de juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. Todavía tengo muchas cosas que deciros; pero no estáis ahora en estado de comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad os enseñará todas las verdades. Porque no hablará de su propia autoridad; sinó que hablará todo lo que habrá oído, y os hará conocer las cosas venideras. El es el que me glorificará, porque tendrá parte en lo que á Mí pertenece, y os lo anunciará »

Hasta aquí el Evangelio, cuyas palabras todas, asaz significativas, envuelven una promesa magnífica y un consuelo inefable; promesa que se cumple en los apóstoles el dia de Pentecostés, al bajar el Espíritu Santo sobre ellos en forma de lenguas de fuego, y consuelo que recibieron tambien en ese dia sagrado al comprender, que si su amado Maestro se habia subido á los cielos, su mano divina, no los habia dejado un momento, antes bien, desde entonces les prodigaba con mayor abundancia que nunca sus bendiciones y gracias, sus favores y carismas, como quien les habia prometido en otra ocasion, estar con ellos *todos los dias* hasta la consumacion de los siglos; promesa que viene cumpliéndose á través de los siglos y apesar de los enemigos de la Iglesia, puesto que,



si ésta subsiste, no lo debe por cierto á las persecuciones de que ha sido objeto en todos los tiempos, por parte de toda clase de enemigos; sino á la divina asistencia, en virtud de la cual cuenta los triunfos por las batallas despues de las cuales puede entonar una vez más aquel antiguo canto de victoria: «Hé visto al impío ensalzado y elevado, yo pasé, y hé aquí que él ya no existe.»

### Varietades

#### LAS DOS VISIONES.

##### I

¡Cuán puro y esplendente se presentaba en aquel dia el cielo de la bella Italia!

¡Ni una blanca nubecilla, errante y perdida en la inmensidad como una vela en el Océano, podia divisar la humana vista!

¡Qué cuadro tan sublime! ¡Un horizonte dilatado, bañado de luz celeste, y que allá léjos, muy léjos, parecia que iba á confundirse con las aguas del mar!

La brisa de la tarde agitaba apenas las hojas de los naranjos de la orilla, y casi no se percibia el blando murmurar de la silenciosa ola que venia á morir en la playa.

¡Majestuoso silencio, atmósfera húmeda y embalsamada, armonía de los cielos y de los mares, á cuyo mágico impulso el alma se reviste de ligeras alas, y vuela á yo no sé qué regiones desconocidas, remontándose más allá de los horizontes que la rodean!

A la ventana de una de aquellas encantadoras granjas que los ricos patricios de Roma levantaban en la falda de las colinas ó en la risueña margen de los

riachuelos, aparecian sentados una mujer y un hombre.

—¡Madre mia, murmuraba el jóven, observad la calma de ese mar y la pureza de ese cielo!

—Sí, hijo mio, respondia la matrona, hace un hermoso dia: sin embargo, ayer negros nubarrones cubrian el horizonte de ese cielo y embravecidas olas venian á estrellarse á la orilla, del fondo de ese mar apacible. Mas el sol de Dios disipó las apiñadas nubes, y la calma sucedió á la tempestad. ¡Ay! el corazon de tu madre, hijo mio, ha sufrido tambien el rigor de la tormenta, pero ya para él brilló la serenidad!

Aquella mujer se llamaba Mónica, aquel hombre Agustin.

La santa madre fijaba sobre la ya purificada frente de su hijo una mirada tan feliz y tan tierna, que claramente revelaba los bellos goces de una doble maternidad.

Despues, reclinada la cabeza sobre el corazon de su madre, Agustin comenzó á hablar del cielo. Su nueva fé daba á su génio palabras de fuego para contemplar la felicidad de los escogidos. Nunca las sublimes ideas de Platon habian impreso en su alma un concepto tan elevado, ni revestido su lenguaje de tan fogosa poesía. Jamás las brillantes elucubraciones de la filosofía pagana le habian inspirado acentos semejantes. Sus palabras eran los ecos de un alma ardiente que, largo tiempo aprisionada en las tinieblas del error, sale por fin á una atmósfera de luz radiante, y corre por los eternos espacios para que ha sido criada. Su lenguaje era completamente nuevo, y en él se exhalaban de su jóven corazon desconocidas melodías y ardientes



oraciones, como en torno del Tabernáculo se exhala de las encendidas brasas del incensario los más puros perfumes de la Arabia.

Y Mónica le escuchaba embebecida.

¡Pobre Madre! Mucho tiempo había gemido y llorado por esta alma que le era tan querida! Mucho tiempo había ofrecido al pie de los altares su corazón, sus oraciones y sus lágrimas para que la gracia llegase á herir al nuevo hijo pródigo, y le volviese al Dios verdadero de quien había salido!

Y el cielo había por fin acogido sus plegarias. Mónica devolvía á Cartago su hijo convertido.

—Ya nada me retiene aquí abajo, hijo mio, decíale con el corazón rebosando de gozo, y mi alma puede ya volar á los cielos que tus ardientes palabras acababan de retratar de un modo tan encantador. Allí te esperaré yo. ¿No admiras lo pequeña que parece la tierra contemplada desde el elevado cielo? ¿No percibes los murmullos que de ella se levantan á los aires? Son ¡ay! los hombres, que sólo viven un día y que sin embargo se agitan y lloran sobre ese grano de arena donde quisieran hallar una eternidad! ¡O cuán raras son las almas que se elevan y tienden á respirar en el cielo este aire vivífico y puro que ahora nos transporta y deleita!

Y Mónica oprimía dulcemente sobre su corazón á Agustín, y tendía sus ojos al cielo, y brillaba en sus miradas una expresión que no existe en la tierra. Sus rostros se transfiguraban como el de Jesús en el Tabor. La tierra desaparecía con sus sombras, y con las aguas el mar. La fé, la esperanza y aquel amor sobrenatural llevaban aquellas dos al-

mas tan unidas á través de aquel azul horizonte en que vagaban en mudo éxtasis sus embelesadas miradas, y acaso veían entónces lo que según el Apóstol no es dado al ojo del hombre en esta sombría región, y escuchaban lo que jamás percibió el humano oído.

Esta dulce visión de la eternidad dejó impresa en el alma de Agustín una imagen tan profunda, que cuando, ya al declinar de sus días sobre la tierra, refería esta encantadora y plácida escena del puerto de Ostia, se rejuvenecía su alma y recordaba con viva emoción aquellos gratos momentos.

En aquel dulce recuerdo encontraba, como el mismo Santo asegura en sus obras, un reposo tranquilo para su alma fatigada por los rudos trabajos de su heroico pontificado.

«Nada recrea tanto mi alma en las tristezas de la tierra, decía en una de sus meditaciones, como el recuerdo del cielo.»  
*Nihil dulcius in terra quam spes æternitatis.*

## II.

Era una dulce y serena noche. Un rico manto de estrellas vestía el delicioso cielo de la vieja Alemania.

En un solitario jardín de la pequeña aldea de Erfurth, un hombre, todavía en la lozanía de su vida, pero cuya frente se arrugaba ó al peso del frío estudio, ó al remordimiento de tristes recuerdos, paseábase sombrío y cabizbajo.

De vez en cuando detenía el paso para responder con mordaz ironía ó con cruel amargura á las indiscretas preguntas de una mujer que á su lado también paseaba.

Aquel hombre se llamaba Lutero. Aquella mujer era Catalina Boré, la sa-



crílega religiosa, cómplice de los desórdenes y apostasía de aquel hombre soberbio é impúdico.

Por culpable que sea el corazón de un hombre, por alejado que se halle del corazón de su Dios, hay momentos en su vida en que el aguijón del remordimiento le hiere de tal modo, que tiene que lanzar lágrimas de sus ojos y gemidos de su pecho: momentos benditos que concede la divina Bondad á la miseria del pecador para ayudarle á salir de su culpa: gracias inefables, celestial rocío, que caen sobre el alma del culpable, y le obligan mal de su grado, y apesar de la degradacion en que yace, á acordarse de Dios.

Ora es una voz amiga, cuyos acentos acaso no merecemos escuchar; ora un eco vago y perdido que vuela y viene á herir nuestro oído; ya una piadosa práctica olvidada y que nos recuerda todo un pasado de amor y de oracion, de inocencia y de felicidad. A veces el aroma de una flor, el canto de un ave, el murmullo de la brisa ó la vista del cielo claro y transparente bastan para tocar el alma, y hablarla ese lenguaje divino que no se oye más que en ciertas solemnes ocasiones.

Y en una de estas solemnes y preciosas horas era cuando se paseaban en las alamedas apacibles del jardín de Erfurth, Lutero y Catalina.

Nunca habia tachonado el cielo tanta multitud de brillantes estrellas.

Jamás noche tan hermosa habia invitado al alma á puras y religiosas meditaciones.

En esta dulce y silenciosa atmósfera el alma del mismo Lutero encontraba el grato reposo que hacía mucho tiem-

po habia perdido. El desgraciado apóstata dejó vagar su alma á tan saludable influencia, y su fogosa imaginacion expresó mil acentos de la más pura poesía para pintar á su infeliz compañera la belleza del esrellado cielo.

—¡Sí! murmuró Catalina con acento sombrío, asomando las lágrimas á sus ojos, muy hermoso es el cielo: pero ¡ay! no será para nosotros!

A estas palabras Lutero bajó la cabeza, y quedó sumido en un sombrío silencio.

Un rudo combate, una espantosa lucha se trababa sin duda alguna en aquella alma de fuego: las palabras de Catalina acababan de despertar remordimientos que dormidos yacían á impulsos del orgullo.

Y continuaban silenciosos el paseo, él, herido bajo el peso de los recuerdos; élla, la pobre mujer, mirando siempre al cielo con los ojos preñados de lágrimas.

—¡Oh Dios mio! pronunció con triste acento Catalina, ¿á dónde caminan esas estrellas que se destacan del firmamento, y van declinando hasta desaparecer con la noche?

El impío frunció el entrecejo y no respondió una palabra.

Pero se hacia tarde, y penetraron en la casa. Sobre la mesa de Lutero estaba la última Bula de Leon X. Sus ojos la descubrieron con sombría cólera; y aquel hombre que pocos momentos antes se hallaba tan deliciosamente cautivado por el espectáculo de una noche serena, supo despreciar la gracia divina que tan fuerte aldabadas habia dado á las puertas de su alma en aquella solemne noche: y sentándose á la mesa,



se puso á escribir, á la pálida luz de humeante lámpara, dos ó tres páginas de aquellos vergonzosos y desatentados libros que llevaban á las ciudades de Alemania la herejía y la guerra

Lutero estaba perdido. La estrella que baja á region terrena, no se remonta más á la celestial altura.

¡Y cuán frecuentes son en el mundo de las almas estas dos visiones del cielo, la de San Agustin y la de Lutero! Si hay por fortuna quien lo contempla con amor sublime, poniendo en él el objeto de sus esperanzas, tambien hay quien lo mira con dolor, sirviéndole de tema para sus blasfemias.

Un eminente artista ha inmortalizado la vision de San Agustin, la vision de las almas puras. Más ¿qué pincel nos retratará la de Lutero, la de las almas perdidas? ¿Quién aceptará á pintar en sus ojos la expresion de pena y rabia que da Milton á Satan, cuando arrojado del cielo, lanza al Solio eterno el último grito de maldicion y de guerra?

J. M. LEON Y DOMINGUEZ, PBRO. CÁDIZ.

---

## CRÓNICA GENERAL.

---

### FRANCIA.

---

Acaba de morir en París el gran Luis Veillot, uno de los génius contemporáneos que más han honrado á la Francia.—Publicista de primer orden, sin par adalid de la causa monárquica, ejemplarísimo católico y denodado campeón de la Fé, Luis Veillot ha bajado á la tumba despues de una vida exclusivamente consagrada á combatir con incansable perseverancia é indomable en-

tereza á toda clase de enemigos del Catholicismo. Su poderoso ingenio, su vasta sabiduría, y, sobre todo, la fé viva y ardiente que iluminaban su portentosa inteligencia, le han conquistado entre los hombres victorias inmarcesibles en los encarnizados combates reñidos, con valor indomable, á favor de la Iglesia, que veia en él á uno de sus hijos predilectos, á la par que el más sumiso de todos ellos.

Luis Veillot es una verdadera gloria nacional para la Francia católica, que llora hoy desconsolada la inmensa pérdida que acaba de experimentar. Esperamos que Dios, en su misericordia, suscitará en breve otro esforzado paladin que pueda llenar el vacío que deja el atleta, cuyo cuerpo descansa bajo lo fria losa, y cuya alma, como piadosamente podemos creer, estará ya gozando de la gloria perdurable prometida al justo.

Sentimos vivamente no poder reseñar, por falta de espacio, los últimos momentos por todos conceptos edificantes, de tan insigne católico. Baste consignar que Luis Veillot ha muerto como habia vivido, es decir, como fiel y fervoroso cristiano; habiéndole concedido el Señor la gracia de recibir los Santos Sacramentos en el duro trance de la muerte y de espirar rodeado de su cristiana familia y en brazos de su querido confesor el Padre Tailhan de la Compañía de Jesús.

«Ya está apagada y muda aquella gran voz, escribe Augusto Roussel en las páginas de «L' Univers.» Sobre la almohada que la sostiene, aquella poderosa cabeza á quien tantos privilegios concedió el Señor, se destaca llena de la magestad que da la muerte cuando to-



«ca á una frente que ha permanecido  
«fiel á la unción del Bautismo, y con  
«aquella aureola serena y dulce que vie-  
«ne á ser como la última señal que deja  
«una alma justa al separarse del cuerpo  
«á que ha de volver á reunirse en la  
«resurrección gloriosa.

«Viéndole así, sereno y fuerte en tan  
«difícil trance, ¿no podrá decirse que  
«leía en el porvenir cuando escribía su  
«epitafio en estos versos?

Placez à mon côté ma plume,  
Sur mon cœur le Christ, mon orgueil;  
Sous mes pieds mettez ce volume  
Et clouez en paix mon cercueil.

Après la dernière prière  
Sur ma fosse plantez la Croix.  
Etsi l' on me donne une pierre,  
Gravez dessus: *J' ai cru, je vois.*

Dites entre vous: «Il sommeille  
Son labeur est achevé,»  
Ou plutot dites: Il s' eveille;  
Il voit ce qu' il a tant revé.»

.....  
.....  
.....  
I' espère en Jésus. Sur la terre  
Je n' ai pas rougi de sa foi.  
A dernier jour, devant son Père,  
Il ne roujira pas de moi.

---

#### CRÓNICA LOCAL.

---

Al presupuestar los trabajos de reparación de la iglesia de San José, la junta de obras creyó, atendidos los reconocimientos practicados en el edificio por personas competentes, que sólo habria necesidad de reconstruir la bóveda central y arreglar algunos desperfectos de escasa consideración. Mas al dejar á descubierto la bóveda del altar mayor, una vez derribada la central, se ha visto

que aquella amenaza también desplomarse y que por lo tanto es del todo imprescindible proceder á su derribo y reconstrucción.

Para colmo de desgracias, la bóveda ó arco, sobre que descansa el coro, ofrece señales evidentes de un próximo desquiciamiento, en términos que ha sido preciso apuntalarlo para evitar un derrumbamiento durante las obras; teniendo por seguro que habrá que reconstruir dicho arco y el piso del coro que sostiene.

No cabe duda, pues, que el Patriarca San José quiere poner á prueba el amor de sus devotos, exigiendo á estos nuevos sacrificios para que le reedifiquen la veneranda casita que, por espacio de tantos años, le ha servido de pobre y modesto albergue. ¿Negaríamos á San José lo que los generosos menorquines no han sabido negar nunca á cualquiera de sus propios hermanos, *una limosna por Dios?*

Negáronla, y negaron también hospitalidad, allá en Belén, á José pobre, desconocido, acompañado de una mujer conocida sólo con el nombre de María.

Pero hoy se presenta José y vá de puerta en puerta llevando de la mano á un tierno infante llamado Jesús, hijo de aquella misma María que le llevaba ya en su seno purísimo cuando fué á Belén en busca de hospitalidad. ¡Jesús, María y José! hé ahí, católicos menorquines, la familia que llama hoy á vuestra puerta pidiendo una limosna por amor de Dios!

¿Habrá quien tenga valor para despedir sin un pequeño consuelo á estos augustos mendigos?



¿Creeis que los habrian despedido tan duramente en Belen, si les hubiesen conocido como nosotros tenemos la dicha de conocerles?

No, no, amado José, ninguna puerta permanecerá cerrada para vos. Penetrad sin temor en todas las casas, pues casi todas ellas os están consagradas. Y si titubeais en el umbral de alguna que os sea desconocida, dejad, dejad que entre y os preceda ese tierno infatico que os acompaña, y veamos quien será capaz de retirar la mano cuando Jesús alargue la suya.

El domingo último, á las tres de la tarde, plugo á Dios Nuestro Señor llamar á Sí á la piadosa señora D.<sup>a</sup> Inés de Febrer y Vidal, Baronesa de Las Arenas, trás de aguda y penosa enfermedad, y despues de haber pedido y recibido con edificante unción, los auxilios de los Santos Sacramentos en el pleno goce de sus facultades mentales.

Modelo de esposas y de madres, ejemplar y fervorosísima católica, D.<sup>a</sup> Inés de Febrer lega á su atribulada familia el más inapreciable de los consuelos: la memoria veneranda de una vida consagrada á la práctica de las austeras virtudes de la madre cristiana, y el santo recuerdo de una muerte por todos conceptos digna de tal vida, la muerte del justo.

Dios haya acogido ya en su amoroso seno el alma de la finada; ó se digne, en su infinita misericordia, hacerla en breve partícipe de la eterna bienaventuranza, como de todo corazon se lo pedimos. (R. I. P.)

El periódico *El Bien Público* inserta

en su número 3.054 una correspondencia de New. York dirigida á *El Dia*, en la que se ensalza y se elogia á un pastor protestante doctor Dix con motivo de haber dado unas conferencias combatiendo el divorcio y deplorando sus naturales y é inmorales consecuencias.

Nos parece que el citado doctor Dix hubiera obrado con mucho más lógica, é indudablemente con mayor provecho para sus conciudadanos, si en vez de clamar contra los resultados desastrosos del divorcio, hubiese anatematizado el Protestantismo, padre natural del divorcio y demás disoluciones que ha engendrado.

En nuestro próximo número nos ocuparemos, Dios mediante, en la doctrina de la Iglesia Católica sobre tan trascendental asunto, pues esta Voz augusta, que es la de Dios mismo, conviene que oigan los católicos y no la de doctores protestantes, por más *ilustrados* que sean y aunque se llamen Dix

Con el vapor correo Puerto-Mahon, saldrá mañana para Palma el Reverendo Padre Bayo, sacerdote de la Mision. Deseámosle un feliz viaje.

En el santuario de Nuestra Señora del Toro se celebrarán las 40 horas desde el Domingo, 29 del actual, hasta el Domingo 6 de Mayo: su Divina Magestad estará expuesto todos los dias de 7 á 12 de la mañana, rezándose algunas misas, despues la mayor que será á las 9, y por último rosario, meditacion, visita á Jesús sacramentado y reserva. En las misas cantadas de los tres días festivos habrá sermon, predi-



cando respectivamente los Reverendos D. Jaime Tutzó, D. Matías Nuza y don Lorenzo Pons.

Mañana á las siete se celebrará, en la Iglesia de Santa Eulalia, una Misa con Comunion general, en sufragio del alma de D. Antonio Amengual, sócio que fué de la Côte Eucarística.

A dicho acto concurrirán los señores asociadós á dicha Côte, cumpliendo así con lo prevenido por el Reglamento, y dando una prueba más de la caridad que reina entre los individuos de la citada Asociación.

En las Concepcionistas ha tenido lugar, al anocheecer de hoy, el acto preparatorio al día de Ejercicio, que para las señoras dará mañana, en la citada iglesia, el Reverendo Sr. Ecónomo de Sta. María.

En Santa María, mañana, como cuarto Domingo de mes, los Asociados al Apostolado de la oracion, comulgarán en la Misa que al efecto se celebrará á las 7 de la mañana. Por la tarde, despues de Visperas y espuesta su Divina Magestad, tendrán lugar los actos propios de la Asociación.

#### FUNCIONES RELIGIOSAS.

*En la iglesia de Religiosas Concepcionistas esta tarde y mañana domingo tendrá lugar el día de retiro mensual cuyos actos serán dirigidos por el Rdo. Sr. Cura Ecónomo de Sta. María*

*Domingo en Sta. María á las 7 misa meditada y comunión para los asociados del Apostolado de la Oracion y por la tarde los propios y acostumbrados cultos con el Señor de manifiesto y sermon por D. José Pons, Vicario.*

*En la parroquia de S. Francisco de Asis por la tarde despues de*

*visperas hará el paneginico de S. Antonio Abad el Rdo. Ecónomo Lic. Sr. Anglada.*

*En Sta. Eulalia la misa será con comunión en sufragio de un difunto de la Corte Eucarística.*

*Esposicion de S. D. M. todas las tardes de 6 y media á 8 y media y en las consabidas iglesias.*

*La misa de los Josefinos los miércoles en Sta. María á las 7 y los sábados en la Concepcion, para los congregantes del Corazon de María*

*40 horas en el Santuario del Monte Toro en ocho dias empezando domingo dia 29 de Abril hasta el domingo 5 de Mayo.*

Suscripcion para subvenir á los gastos que ocasionen las obras de reparacion de la iglesia de San José.

	Pesetas.
Suma anterior	2704'53
Un sacerdote josefino	25'00
Una devota persona	3'00
Sra. D. <sup>a</sup> Ana Orfila	5'00
Ss. D. Eugenio Saura	2'50
Sra. D. <sup>a</sup> Adelaida Travesí de Saura	1'50
Sra. D. <sup>a</sup> Josefa, en el día de su Santo	2'50
Sr. D. J. V. M.	6'50
« « J. T.	10'00
« « D. T. y T.	2'50
Srita. D. Úrsula Fiol	2'00
Una devota	1'00
Sr. D. J. H. V.	6'00
Sra. Viuda de Cursach.	6'00
Una Josefina.	6'50
Sr. D. M. C.	1'00
Recibido del Rdo. Sr. Ecónomo de Santa María: limosna de una devota persona.	10'00
Rdo. Sr. D. Balbino Blasco Gomez Pbro.	3'00
Sra. D. <sup>a</sup> Ana Riola (segunda vez).	5'00
« « María Femenías.	5'00
« « C. G.	2'00
« « Rosa Rodriguez.	0'50
Total .	2811'03

(Continúa abierta la suscripcion)